

Entrevista a Eleonora García

“Volver a una práctica que combine presencia y modalidad virtual, sería un nuevo ordenamiento de nuestras experiencias en la realidad”

Marianela Gervasoni

Facultad de Arte- UNICEN

mgervasoni@virtual.arted.unicen.edu.ar



Eleonora García es Licenciada y Profesora de Artes Combinadas por la Universidad de Buenos Aires. Desempeña su actividad como docente tanto en instituciones públicas como privadas. En la actualidad integra uno de los proyectos de investigación nucleado en el Grupo de Estudios de Teatro Argentina (GETEA) acerca los comienzos de la enseñanza de dramaturgia en la Argentina. A su vez, se desempeña en talleres para adultos y adultos mayores promovidos por el Ministerio de Cultura de Ciudad de Buenos Aires y dentro del espacio de Extensión Universitaria de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

En esta oportunidad, en una conversación mantenida durante el mes de Abril 2020, reflexionamos sobre su práctica docente vinculada a la propuesta de Filosofía con Niñxs y los efectos que el ASPO ha tenido en las mismas.

A propósito de tu formación en Artes Combinadas, nos preguntamos **¿cómo se desarrolla esta articulación en tu trayectoria artística y docente?**

Esta combinación de artes a la que aludía el nombre de la carrera de formación profesional— porque acaba de entrar en vigencia el nuevo plan de estudios que fragmenta esa mezcla— comprende el cine, el teatro y la danza. Por lo tanto, podría decirte, que la propuesta de esta carrera es la que ha dado sustento a la línea pedagógica que sostengo.

De hecho, antes de dedicarme al tramo teórico de las artes, durante muchos años habité, y de algún modo lo sigo haciendo, el campo de la práctica. Mi formación corporal primera proviene de la disciplina del yoga, que en verdad fue la que abrió las puertas hacia las artes con el cuerpo como centro. Durante varios años hice talleres de teatro en los que fui explorando lo que habían sido las propuestas de dos de los grandes pedagogos del siglo XX como Stanislavsky y Grotowski. Recuerdo que estos talleres se dictaban en Complejo Teatral de Buenos Aires, en el Teatro San Martín. Luego pasé durante tres o cuatro años aproximadamente, a la danza. Comencé a practicar danza-teatro en el Centro Cultural Borges en Galerías Pacífico. Años preciosos de concentración, entrenamiento y mucha conciencia corporal, pero sobre todo de creación tanto individual como compartida. Al mismo tiempo hacía contact; todas experiencias súper valiosas porque todo lo que podamos pasar por el cuerpo con un registro distinto a la cotidianeidad, como si fuera una atención abierta y más, es maravilloso. Y lo último que hice antes de poner el centro en lo que fue mi carrera universitaria, vale decir toda la formación teórica, fue indagar en la danza-terapia. También una experiencia hermosa de tres años en una fundación privada, ya con otra propuesta y perspectiva orientada hacia el lazo entre las emociones y la danza como posibilidad expresiva y de sanación del cuerpo.

¿Desde cuándo te dedicas al arte?

Todos estos años de formación coronaron después en la práctica docente. Así que dedicarme al arte, no sé si responderte que, desde toda la vida, porque el vínculo con las artes estaba presente ya en la infancia. Lo que aprendemos en casa, es lo que muy probablemente en algún momento reaparece y

lo retomamos o lo resignificamos y es la punta de lanza para recorridos nuevos. Pero formalmente hará unos quince años que me muevo en ese campo. Hayan sido tanto los años de estudiante, como el ejercicio docente y la práctica en investigación en artes que siguen presentes hoy por hoy.

¿Cuál es tu experiencia en dar clases de arte?

Puedo decirte que es una de las experiencias más potentes que pueda haber tenido y siga teniendo. Suele sonar en los tramos de formación docente que dar clases de arte es conmover al otro. Conmover, mover con el otro, mover algo, modificar... y es hacia afuera y hacia adentro de sí. Siempre pienso las clases en un sentido nietzscheano si querés, es decir a partir de un centro de atención como es el cuerpo, aun cuando se trate de una producción teórica. Me gusta pensar la “clase” como encuentro, es decir como un espacio que puede abrir hacia una experiencia distinta, de otro orden. Entonces, en un encuentro de artes ponemos mucho de lo sensorio a jugar y a partir de ahí se abren ideas, asociaciones, recuerdos, ligazones con algo que quedó inscripto como huella en cada sujeto. Y la superficie de inscripción que actualiza un pasado, a la luz de un momento presente y relanza hacia adelante, es el cuerpo, como posibilidad sensoria y reflexiva al mismo tiempo.

Trabajo en el nivel medio, es decir con adolescentes de escuela secundaria, y con adultos. Son dos poblaciones totalmente distintas desde el punto de vista etario. Sin embargo, hay algo en común y es el hecho de que se reconocen desde otro lugar cuando “pasan las artes” pero les pasan, en el sentido de que los atraviesan. Y aparecen las preguntas acerca de sí mismos y hacia afuera.

En lo que respecta a la escuela media no especializada en artes, me atrevo a decirte que aún hoy, a pesar de que vivimos en una sociedad que está abierta a la recepción múltiple tanto de disciplinas artísticas como culturales, el espacio dedicado a las artes sigue siendo resistido. Dicho de otro modo, las artes como espacio para la expresión son valoradas desde luego, pero siguen siendo resistidas como posibilidad de conocimiento. Lxs profes del área de Artes por lo general solemos hacer esfuerzos, con gusto, pero esfuerzos al fin, para que éstas no sean sólo recursos para el resto de las asignaturas.

Vale decir entre la teoría de los espacios de formación donde nos pensamos como un caudal de posibilidades para dar con lecturas de mundo, a la praxis, aún hay distancias por acortar. Por supuesto que lejos de hacer universalizaciones, existen otras instituciones educativas con otros equipos de coordinación y dirección, mucho más abiertos a propiciar el diálogo interdisciplinario y

dentro de los cuales las posibilidades de acción son mucho más cercanas y efectivamente se concretan. Y entonces es un placer trabajar con lxs chicxs y con lxs pares y, a su vez, con una coordinación que, insisto, promueve y deja un campo de autonomía y decisión al docente.

En cuanto a la otra pata, la de adultos, mi experiencia viene dada desde hace algunos años dentro de un programa de talleres culturales promovido por el Ministerio de Cultura de Ciudad de Buenos Aires y, por otro lado, dentro del espacio de Extensión Universitaria de la Facultad de Filosofía y Letras. En el primer caso son talleres abiertos a la comunidad en general y las propuestas están organizadas por disciplinas y edad; allí doy clases de técnicas y conciencia corporal y otras clases son de análisis de películas. Son más de treinta centros culturales que funcionan en contraturno, en distintos edificios de escuelas públicas distribuidas en distintos barrios de la ciudad. En estos espacios trabajo con asistentes totalmente disímiles y considero corresponde a la situación geográfica, punto que influye en el número de concurrentes y en la elección de talleres que éstos hacen. Por ejemplo, en un centro cultural ubicado en el barrio de Colegiales la asistencia a un taller de cine es elevadísima en comparación con las personas que participan de otro, también de cine, dictado en el barrio de Pompeya. Este barrio es parte del cinturón sur de la ciudad y son otros los intereses que se presentan como más fuertes, como, por ejemplo, la posibilidad de tomar clases en las que pueda aprenderse alguna habilidad manual artesanal que luego pueda convertirse en una salida laboral independiente.

En el caso de la Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil de la Facultad (SEUBE) existe, por un lado una propuesta recientemente lanzada en forma on line orientada a Adultos Mayores y, por otro, el programa que la Universidad tiene forjado con el PAMI. Un público hermoso, porque en su gran mayoría proviene del propio núcleo universitario que ya está jubilado y entonces se pone en tensión la pasividad impuesta por un sistema de organización social y la actividad que sigue existiendo en las personas. Tengo a mi cargo dos talleres de cine orientados al análisis de la imagen filmica y otro que intenta pensar algunas teorías de las artes en general. En todos los casos trabajo a partir de una propuesta crítica y para esto, como decía antes, son muy importantes las preguntas que podamos hacerle a tal o cual hecho artístico. Me interesa particularmente -no importa si se trata del nivel medio o terciario- que, a partir del conocimiento de ciertas cuestiones específicas o propias de cada lenguaje artístico, podamos reconocernos como espectadores. Ser espectador no es lo mismo que ser público; es poder establecer una distancia de observación y pensamiento crítico entre el objeto y uno como sujeto que conoce. De ese modo, la

propuesta es tratar de desarmar la mirada ingenua que traemos y ha sido construida por distintos dispositivos culturales y poder hacerse cargo de una nueva construcción en nuestros cuerpos, anudando teoría y práctica.

¿Cómo conociste el movimiento de “filosofía para niñxs”? ¿Cómo decidiste implementarlo en tus clases de arte? ¿Por qué? ¿Qué aportes ha brindado a esta práctica?

Bueno, la propuesta de “filosofar para niñxs en el aula” la conocí porque la escuela de nivel medio donde trabajo se puso en contacto hace tres años atrás con la Fundación La Salle, que en verdad es una institución educativa de larga trayectoria. A partir de aquí comenzamos algunxs docentes, a trabajar desde esta perspectiva en las aulas. Esto trajo algo muy interesante que fue la planificación por proyecto, modalidad que requiere indefectiblemente del diálogo interdisciplinario. Institucionalmente se fue conversando mucho con nosotrxs los profes porque la experiencia de “filosofar con niñxs”, traía como primer desafío inquietar el aula a partir de preguntas. Es hermoso el proyecto porque intenta asomar tanto a docentes como a lxs mismxs estudiantes a una suerte de abismo, ¿en qué sentido? En el sentido que los contenidos quedan suspendidos en una suerte de atmósfera incierta y el cúmulo de “verdades” con las que nos hemos ido formando y hemos formado a su vez, es puesto en crisis. Y esa puesta en crisis es del orden del presente vivo porque ocurre en cada curso de un modo único e irrepetible.

Por ejemplo, pensar una obra pictórica del Renacimiento como El nacimiento de Venus de Botticelli, desde un enfoque en el que el arte se cruza con cuestiones filosóficas, nos ha llevado a plantear a lxs chicxs qué colocarían hoy en pleno siglo XXI en la concha espumosa si la Venus ya no estuviera. Y te puedo asegurar que han salido pensamientos maravillosos que entonces se vuelven ricos porque enlazan una parte de la Historia del Arte, en términos de un relato canónico construido, con un mundo que es del orden del presente en el que crecen y aprenden y nos enseñan. Otro tanto, por ejemplo, con el género de la pintura histórica. ¿Quiénes podían hacer estas representaciones? Si un artista como Velázquez recurrió al mito de Aracné ¿cuál fue su lectura del presente del siglo XVII a partir del mito y cuál la que nosotrxs podemos pensar hoy?

Los aportes son enormes. En primer lugar, porque pensar con otro enriquece las prácticas. Una como docente puede tener conocimientos de su propio campo, incluso puede estar nutrida por otros recorridos y planificar un montón de cosas; sobre todo si pensamos la instancia de planificación como acto creativo, pero lo más rico sale del encuentro. Y, desde mi experiencia, puedo decirte que

esto es tan viable en la práctica con lxs adolescentes como con lxs adultxs. Porque si bien conocí el programa en el marco de la escuela media, considero que estamos totalmente en condiciones de plantearlo también en el nivel superior. Y sobre todo en los espacios de formación docente; por eso valoro muchísimo mi propio trayecto pedagógico en Artes en la UBA., porque aquí ya está presente la perspectiva filosófica para el proceso de enseñanza y aprendizaje de las artes. La interdisciplinariedad, la interrogación al hecho artístico, la posibilidad de hacer experiencia con el cuerpo en el aula, romper con ciertos formatos precedentes y buscar nuevas formas de abordaje de la clase, es parte troncal en la formación.

Por eso considero que es sumamente importante que podamos seguir haciéndonos preguntas por la práctica docente, tanto al interior de las instancias académicas como en los otros niveles; de qué modos instar a lxs estudiantes a construir sus propios conocimientos, a armar sus propios recorridos teóricos más allá de un diseño de contenidos. En este sentido, trabajar en la parte de Extensión Universitaria me ha permitido probar la propuesta de “filosofar en el aula”, abriendo las puertas a la interrogación. Y puedo decir que es más que interesante este planteo entre adultos, que de pronto se ven interpeladxs a suspender montones de categorías con las que se habían estado acercando a los distintos hechos artísticos como puede ser el caso del cine.

¿Qué problemáticas encuentras?

Entre las principales problemáticas de la puesta en práctica de un proyecto como “filosofar con niñ@s en la escuela” puedo mencionar la disponibilidad al diálogo por parte de los adultos colegas. Vivimos en tiempos en lo que corremos todo el día, muchos trabajamos en muchos espacios y es comprensible que no siempre exista el tiempo extra para co-crear acciones. Porque es necesario que exista la instancia de la reunión frecuente, no me refiero a todo el equipo docente al mismo tiempo, pero suponte un título como Diversidad cultural, que de hecho es uno de los proyectos en los que estamos participando, de carácter anual, es imposible reunirse una vez cada seis meses. Porque una frecuencia de trabajo contribuye o casi determina los pasos que se den colectivamente. Si no, otra vez, lo decimos oralmente pero la praxis áulica nos puede dejar nuevamente en soledad. Y no es el punto, considero que estas propuestas de nuevas formas de entrar al aula, requieren un movimiento por parte nuestra. Y como todo lo que se presenta como nuevo, siempre requiere un poquito más de tiempo extra, pero comprendo, insisto, no es fácil.

¿Cuál es la postura de la/las instituciones donde trabajas sobre “filosofía para niñxs”? ¿Cómo responden las instituciones a esta propuesta?

Mirá, justamente esta escuela que es una institución privada se sintió atraída por la propuesta, tal es así que comenzó primero por el nivel secundario en el que somos profes, en su mayoría entre los treinta y cincuenta años, a los que nos han ido convocando para encarar la práctica cotidiana desde esta perspectiva del acto de filosofar. Al año de esta primera puesta en marcha se incluyó a los otros dos niveles, primaria y jardín. Aquí se instaló como una suerte de dispositivo extra – un profesor de filosofía de la escuela, colega de nivel secundario- como si se tratase de un taller extracurricular pero dentro de la currícula, trabaja “filosofando en el aula con los más niñxs”.

Insisto, y aquí es donde pienso los niveles, terciario y universitario, mientras más podamos repensar la práctica docente, desde los tramos de formación, en cuanto este tipo de abordajes, como decíamos a partir de un punto de interrogación, de poner en crisis, se puedan instalar más, más entonces vamos a modificar las estructuras de pensamiento para encarar el aula.

Según tu experiencia, ¿Cuál es la relación entre enseñanza, arte y filosofía?

Bien desde mi experiencia puedo decirte el lazo entre arte y filosofía podemos pensarlo o al menos es lo que me ocurre a mí, con la estética, pero en términos de lo que propone Ranciere y no como algo relacionado con lo lindo o lo agradable que por lo general es la primera asociación que se viene a la cabeza. Este autor mantiene el concepto de estética cercano a la política a la que plantea como un espacio específico donde tiene lugar una experiencia. En esta experiencia participan sujetos que, en actos de lenguaje, designan, nombran objetos. Por lo tanto, quiénes son estos sujetos capaces de señalar tales objetos en el espacio de lo sensible no es una situación dada de antemano, sino que es una situación de conflicto permanente, para decirlo con Ranciere, es una situación de disenso. Porque tiene que ver justamente con una distribución de lo sensible. Este encuentro entonces entre arte y política es el campo de la estética, ahí donde es necesario interrumpir las coordenadas normales de la experiencia sensible. A esta posibilidad justamente podemos hacerle lugar, hacer lugar en el sentido de disponer un nuevo lugar– en el aula de arte o mejor dicho en las aulas de artes- en las que podemos por vía del filosofar con los estudiantes poner en desacuerdo tanto las formas materiales como los espacios simbólicos del mundo que habitamos. De aquí que, el vínculo entre enseñanza, arte y filosofía me resulte altamente potente en cuanto a todo este potencial que puede concretarse en nuevas miradas de mundo.

¿Qué pensás que habría que enseñarles a los estudiantes de profesorados de arte sobre filosofía para niñxs desde una perspectiva latinoamericana durante su etapa de formación?

Pienso que en los profesorados y en verdad en todos los niveles educativos en general sería importante que podamos revisar el canon de artistas a partir de los cuales trabajamos que, por lo general, sigue siendo de corte europeo. En absoluto quiero decir que tengamos que desconocer estas prácticas o estos artistas, pero que sí es importante que también a las preguntas para abrir una clase, por ejemplo, podamos acompañarlas, estructuralmente por otras, como por ejemplo, de qué modos o con qué formas se han establecido los diálogos con esas obras y artistas que se proponían como modelos hegemónicos a ser tenidos como referente. Quizás sea tiempo de que estas preocupaciones no solamente tengan lugar en el ámbito universitario, puesto que entonces, continuaríamos desde esta perspectiva sosteniendo a la Universidad como el espacio único que acuna el saber y pudieran efectivamente cruzar fronteras hacia los profesorados y el resto de los niveles de escolaridad. Por esto es que vuelvo a decirte, considero capital el cruce transdisciplinar entre la enseñanza de las artes y la filosofía como lente desde la cual mirar. Otra vez con Ranciere, esto es un gesto político, el aula como espacio político, en la que desde luego, tenemos como docentes, la obligación de volver a pensarnos, pero cada vez con mayor distancia crítica hacia nosotros mismos como profesionales.

¿Qué desafíos aún quedan por trabajar?

Otro punto que me gustaría señalar en relación al tiempo que organiza las aulas es que es importante que podamos ir comprendiendo que una propuesta como “filosofar en el aula” no deja de lado las especificidades propias de cada disciplina, que puede que quizás sean muchos de los temores de los docentes habituados o habitados en y por otros modos que son mucho más cercanos a las prácticas imbuidas en lo que denominamos tradición. Desde mi experiencia, estimo que este temor a no poder desarrollar los temas que corresponden al diseño curricular, juega muchas veces como uno de los tantos posibles factores de resistencia. También es cierto, como comentaba antes, que los tiempos requeridos para estos estos desarrollos, que de cualquier manera siempre tienen lugar a la luz de un recorte, sigan teniendo lugar y que, por otro lado, abramos la experiencia del aula, a un tiempo que no está reglado de antemano, en tanto es el tiempo presente de lo que acontece, resulta complejo y trabajoso. Trabajoso porque a los efectos de posibilidades concretas en las escuelas de nivel medio, los espacio-tiempos dedicados al arte suelen ser de una frecuencia muy

baja, por eso me parece muy importante revisar los profesorados. En este sentido, me da mucha alegría que el nuevo diseño de plan de estudio de la carrera de Artes en la Universidad de Buenos Aires venga de incrementar sus propuestas y carga horaria en lo que respecta al tramo pedagógico, poniéndose en contacto directo con la carrera de Ciencias de la Educación. De todos modos, lo complejo y lo trabajoso es abrirse al tiempo del acontecimiento y posicionarse como docentes en ese lugar que acompaña al otro en su propia experiencia de observación, interpretación, recorte, asociación ... porque indefectiblemente lo tenemos primero que experimentar nosotros, como modo de vida, casi te diría...es un proceso de construcción de autonomía, de emancipación, que me atrevería a decirte, no tiene una tónica evolucionista del tipo se alcanza un grado de desarrollo y ha finalizado, sino que tiene de lo que permanece abierto.

¿Qué recomendaciones darías a docentes que quisieran trabajar desde esta perspectiva?

No sé si puedo hacer recomendaciones, solamente digo que lo verdaderamente importante está en las capacidades y habilidades que podamos tener disponibles en nosotros para abrirnos al diálogo con los colegas y estudiantes, no importa el nivel en el que trabajemos, sino, insisto la disponibilidad para trabajar y pensar con otros.

¿Cómo afectó la pandemia tu trabajo docente?

Como a todos nos ha pasado en muchos sentidos, el primer plano para mirar lo afectado tiene que ver con los cuerpos. Construir aula a la distancia, en una nueva modalidad de presencia; inicialmente para mí fue inquietante. ¿Por qué? Por esto mismo que decía en relación a la “clase” como encuentro, como lugar donde no solamente se mueve un campo cognitivo sino uno emocional. Los primeros momentos hasta fue difícil ver los rostros, captar el gesto de lo que les estaba pasando, del otro lado de una pantalla. También tuve que hacer un trabajo de fortalecimiento especial para instar y animar a que las cámaras estuvieran encendidas. Me gustaría señalar antes de continuar, compartiendo mis experiencias durante esta situación pandémica, que los grupos con los que trabajo, tanto en nivel medio como los adultos, responden a un conjunto de características particulares en lo que respecta a posibilidades de conectividad. Esto es lo que ha hecho posible mantener el contacto, la “clase”, el encuentro; pero no ha sido ni es la condición de tantos otros que enfrentan enormes dificultades en términos de acceso a los recursos tecnológicos. Hecho éste que no ha hecho más que aumentar la brecha entre quienes sí han podido casi desde el minuto cero y quienes aún siguen sin poder hacerlo.

Retomando el tema de la exposición frente a la cámara, esta problemática atravesó tanto a adultos como a adolescentes. Pero, quizás porque también lxs adultos construimos ciertos lugares comunes para pensar las adolescencias, me sorprendió que fueran ellxs quienes en mayor grado dijeran “me da vergüenza”, “no quiero encender la cámara”, o directamente no pudieron estar presentes y sostener emocionalmente una continuidad pedagógica. Ahora bien, así como apunto esto, es importante que subraye, pensando únicamente en los grupos de adultos de más de 60 años, el esfuerzo enorme y los logros felices después de horas y horas de trabajo e intentos, que alcanzaron sobre la apropiación de sus dispositivos. La pandemia, a este grupo de riesgo, al que más al resguardo quedó, fue también al que más desafió en términos comunicacionales. Lxs docentes en nuestro rol contribuimos muchísimo para alentar, explicar y acompañar este proceso. Hemos enseñado a instalar, a desinstalar, a probar, a hacer lo posible para que tocar un equipo de teléfono no sea igual a tener miedo de romperlo. Y puedo asegurarte que llegamos en condiciones inigualables, con cursantes “adultxs mayores” que usan las plataformas y han probado varias, que han podido hacerse cargo de buscar materiales en un campus o un aula virtual. Esfuerzo y constancia por parte de todxs, pero con este piso alcanzado, es que pudimos volver a pensar la práctica.

¿Qué elementos se modificaron?

El aula como espacio físico está ausente; por lo tanto, su pizarra, la posibilidad de explicar y escribir, armar una red conceptual... ese “mientras” la clase va ocurriendo. Eso por más que algunas plataformas tengan esta posibilidad de tener una pizarra para escribir que incluso puede ser usada por quien está en calidad de estudiante, no se puede recuperar. Porque es del orden de la pérdida, como también lo es el hecho de que pudiéramos llevar a un aula el objeto libro, el catálogo, y que circulara. Otra vez la pérdida del cuerpo presente en un espacio compartido. Es como el teatro, ese aquí y ahora, no es más tal como lo conocíamos, y tanto más aparece la pérdida si pensamos en el desorden de un aula donde se corrieron bancos, se armó un círculo, se armaron grupos, se intervino una pared, se volcó témpera con agua, papeles que había que ordenar para entregar en condiciones similares a como habíamos recibido. Pensar una “clase” de arte en la escuela secundaria tenía que ver con algunas de estas acciones. Ahora bien, también es cierto que la contracara ha sido una suerte de ganancia en algún sentido. Hemos ganado la posibilidad de que la construcción de la clase sea más compartida. La posibilidad de motivar a buscar, a hacer un tutorial, a compartir imágenes, a hacer videos, a linkear ideas con recursos, se ha multiplicado, y eso me parece que es tan valioso

que lo tenemos que aprehender para cuando en algún momento volvamos a habitar las aulas en presencia.

Por supuesto que no todas las propuestas se han podido mantener. En el caso del nivel medio, uno de los momentos más ricos es el que tiene que ver con mostrar los trabajos de lxs chicxs. El montaje que ellxs mismos hacen para una muestra, la invitación al resto de la comunidad, eso es un espacio - tiempo de síntesis y celebración - que hoy por hoy no tendrá lugar. En el caso de los adultos, me apena mucho no haber podido sostener la propuesta de salidas educativas que acompañan los contenidos: ir al cine, al teatro o al museo es extender el aula; más aún si sumamos a eso la experiencia simbólica de compartir un café y conversar a partir de lo vivido. No sé cómo volveremos a relacionarnos; por lo pronto te puedo decir que los mails van y vienen, vienen y van.

Y en lo que a mí respecta, ¿qué decirte? Es una sensación encontrada porque pensar la presencialidad en este momento es toparse con consecuencias tremendas a nivel de riesgo y contagio; inviable, innecesario. Y por otro, es muy difícil asumir la pérdida del encuentro en el aula tal como estábamos acostumbradxs. No sé si lo puedo pensar todavía. Porque, aunque volvamos a una práctica que combine presencia y modalidad virtual, sería un nuevo ordenamiento de nuestras experiencias en la realidad. Supongo que lo importante va a seguir siendo la posibilidad de mantener justamente el espacio de la pregunta abierto y más que nunca, la construcción colaborativa entre docentes y estudiantes sin distinción de niveles.